

Feudalismo en las Antípodas: Comparación entre un caballero medieval europeo y un guerrero samurái

Antonio Rodríguez González

Licenciado en Historia por la Universidad de Extremadura

antonio.rod.gonz@gmail.com

Posiblemente el lector conozca o haya visto alguna vez la serie de documentales *El guerrero más letal*, que se suele emitir en *Discovery Channel*, en donde especialistas de varias disciplinas

—arqueólogos e historiadores, médicos forenses, maestros en artes marciales, etc.— discuten sobre qué soldado o guerrero de la antigüedad podría vencer a otro de un ámbito cultural y cronológico muy distinto, en el hipotético caso de que se hubieran enfrentado en combate singular. De tal manera que, mediante reconstrucciones simuladas, podemos asistir a los duelos entre un indio apache y un gladiador romano, un monje de Shaolin y un guerrero maorí, o un jinete huno y un hoplita griego.

En las siguientes páginas pretendemos algo parecido: con frontar dos realidades distintas y distantes desde un punto de vista cultural, cronológico y espacial. Tendremos ocasión de comprobar que los caballeros medievales europeos y los guerreros samuráis japoneses guardaban notables y curiosas similitudes, no sólo —y a diferencia de la serie de tele-

visión— en el ámbito militar, sino también respecto a las sociedades en que se desarrollaron y los sistemas de valores por los que se rigieron.¹

Antes de nada, nos conviene matizar aquellos conceptos que, desde nuestra perspectiva europea occidental, solemos considerar como sinónimos aplicados al contexto histórico japonés, ya sean *feudalismo*, *caballería*, *vasallaje*, etc.

Hay que tener en cuenta que en su origen fueron acuñados por eruditos europeos que, sorprendidos por el descubrimiento de una nueva cultura —que además presentaba un elevado grado de desarrollo—, y ante las evidentes coincidencias y paralelismos con los paradigmas que ellos mismos conocían y manejaban, no dudaron en optar por la operación más sencilla: trasladar sus propios esquemas y conceptos occidentales, y utilizarlos en sus descripciones y crónicas, a pesar de la distancia geográfica, cronológica y cultural que separaba —y, aún hoy,

separa ambos mundos.

No obstante, teniendo en cuenta esta precaución, el empleo de tales conceptos continúa siendo útil y generalizado, como tendremos ocasión de justificar.

Si comenzamos analizando el *feudalismo* europeo y el conocido como *período feudal* japonés desde un punto de vista estrictamente cronológico, comprobaremos como no existe un paralelismo evidente entre ambas etapas, ni por su duración ni por coincidencia en el tiempo: acaso en un único siglo —el XIII de nuestra era—, en que se solapan el final de la Plena Edad Media europea y el *shogunato* Kamakura (1185-1338). La división de la Historia en edades, épocas o periodos es meramente convencional: en 1492 nadie se acostó una noche siendo un hombre medieval y se despertó a la mañana siguiente en el Renacimiento; de tal manera que el motivo por el que solemos aludir al Feudalismo o la Edad Media en Japón es el que acabamos de exponer: aplicamos esquemas y conceptos de nuestra propia realidad histórica a otra parecida aunque no del todo coincidente. Si podemos mencionar una Edad Media japonesa, estaríamos, en todo caso, ante un período más

reciente que el europeo, que además no va a implicar connotaciones respecto al grado de desarrollo material, político, social o intelectual con relación a épocas precedentes y posteriores.

Aunque podríamos discutir que los orígenes de la caballería, así como de la sociedad feudal europea, se encuentran en época carolingia (siglo IX), no será hasta bien entrada la Alta Edad Media (siglos XI al XIII) cuando se determine su florecimiento y verdadero auge. El llamamiento del papa Urbano II a la aristocracia europea para participar en las Cruzadas (1095) —diez años antes, Alfonso VI había reconquistado la ciudad de Toledo—, puede considerarse el comienzo de esta época de esplendor.

El cénit o apogeo viene marcado por tres batallas que tuvieron lugar en tres años sucesivos: Navas de Tolosa (1212), Muret (1213) y Bouvines (1314), en las que distintos contendientes se enfrentaron por razones diferentes.² Dicho esplendor alcanzaría hasta la segunda mitad del siglo XIV, según la opinión generalizada de la historiografía medieval, cuando los arqueros ingleses, protegidos por la infantería, derrotaron a la caballería feudal francesa en las batallas de Crécy (1346) y Azincourt (1415).³

Por otra parte, los orígenes de la clase samurái se remontan a los siglos IV y III a. C., cuando aparecieron élites armadas entre los grupos tribales que componían la estructura política y social de Japón. Estos grupos se fueron convirtiendo en grandes clanes sometidos a la autoridad imperial, aunque frecuentemente los encontramos enfrentados y combatiendo entre sí. A los miembros de la élite guerrera se les conocía como *bushi* (武士), término que significaba «servidores» y que se convirtió en sinónimo de «guerreros»; el término *samurai* (侍) tenía entonces una connotación más cortesana, aunque a menudo ambos se empleaban indistintamente.

No obstante, el ascenso de los samuráis como clase social se inició en el período Heian (794-1185) y culminó con la derrota absoluta del sistema de gobierno aristocrático durante las llamadas Guerras Genpei (1180-1185), cuando tomaron el poder. El vencedor de esta guerra, Minamoto Yoritomo, asumió el poder efectivo del país, dejando a un lado al emperador, y tomó el título de *shōgun*. Minamoto estableció la supremacía de la

casta de samuráis.

Tras un intento fallido para restaurar el poder imperial, en 1338 el clan Ashikaga estableció una nueva dinastía de shogunes.

Este nuevo período, que puede considerarse como estrictamente feudal, se caracterizó por el enfrentamiento del *shōgun* con los *daimyō* (señores feudales). Durante la llamada era Sengoku, o de los «Estados Combatientes», (1467-1573), la lucha por el poder político acabará desembocando en un enfrentamiento general entre los *daimyō*, que se enzarzan en un rosario de interminables guerras.

La crónica inestabilidad del Japón feudal llegó a su término con la batalla de Sekigahara (1600)—una de las más importantes y multitudinarias que ha conocido la Historia—,⁴ en la que el señor feudal Tokugawa Ieyasu (1543-1616) derrotó a los clanes rivales y, desde su cargo de *shōgun*, asumió para sí y sus sucesores el poder absoluto en Japón, inaugurando el también denominado período de Edo (1602-1867), por el nombre de la ciudad en que los Tokugawa establecieron su capital (Edo, llamado tiempo después

Tokyo), mientras el emperador permanecía aislado y alejado en la antigua corte de Kyoto. La mayoría de los samuráis perdieron la posesión de sus tierras y, sin oportunidades para ejercer su función guerrera, se vieron obligados a integrarse en la vida civil, desempeñando trabajos administrativos y docentes. Sin embargo, la imagen tópica de los samuráis que se tiene hoy en día procede de estos siglos, aun cuando se trataba de una casta en evidente decadencia.

Existen tantas definiciones de *feudalismo* como autores que han estudiado el fenómeno y escrito sobre el mismo, siendo algunas muy restringidas.⁵ Sin embargo, si estimamos el concepto desde una perspectiva amplia, podemos apreciar unas circunstancias comunes que se dieron en Europa durante los siglos XI al XIII y en Japón entre el XIII y el XVI. Por régimen feudal entenderíamos aquel sistema político y socio-económico caracterizado por:

- Sociedad jerarquizada y con grandes desigualdades en el reparto del poder y la riqueza.
- Relaciones personales de dependencia entre hombres libres, que podemos definir por su carácter feudo-vasallático: se establecían entre el vasallo, que recibía la concesión de un bien, generalmente territorial (el feudo), por parte de su señor, ante quien se encomendaba en una ceremonia codificada (el homenaje) que representaba el establecimiento de un contrato sinalagmático (de obligaciones mutuas, generalmente de carácter militar).

- Descentralización del poder político: debilidad del poder central a favor de poderes locales o regionales que en la práctica gozan de gran autonomía e independencia.





Miniatura medieval que representa la ceremonia del homenaje. Samurái rodeado de sus deudos durante la Guerra Boshin (1868).

Si la pirámide social europea en época medieval se organizaba en estamentos perfectamente definidos por sus funciones: *bellatores* (caballeros), *oratores* (clero) y *laboratores* (campesinos, artesanos y comerciantes), el modelo vigente durante el feudalismo japonés no va a ser muy diferente. En la cúspide se encontraba el emperador o *tennō* (天皇), que a pesar de su condición divina, y como muchos monarcas europeos medievales, incluido el emperador del Sacro Imperio, era considerado un *primus inter pares* respecto a los demás miembros de la aristocracia.

Recluido en su palacio de Kyoto, no poseía ningún poder político o militar, y sus funciones eran esencialmente simbólicas y religiosas. Se rodeaba de una corte o *kuge* (公家), igualmente relegada a desempeñar un papel ceremonial. De manera similar a los favoritos o validos de muchos reyes europeos de todas las épocas, el poder real y efectivo lo detentaba el *shōgun* (将軍),¹ aunque la influencia de su gobierno —*bakufu* (幕府)— a menudo no alcanzaba más allá de la capital² y sólo desplegaba un control escaso y nominal sobre las provincias.

Los samuráis formaban una casta militar al servicio de la alta nobleza: los *daymiō* (大名). Éstos ejercían su poder mediante una red de vínculos personales y familiares que constituían una jerarquía típicamente feudal. Por debajo del *daymiō* y su familia directa, se situaban los denominados *fudai* (譜代), es decir, las familias que desde siempre habían estado al servicio de la principal. Luego se encontraban los vasallos propiamente dichos, quienes a menudo eran señores derrotados que rendían vasallaje a cambio de conservar sus propiedades.

Junto a esta organización política y social, existía otra estrictamente militar. En realidad, había muchas categorías de samuráis, hasta diecisiete. De todos ellos se esperaba que acudieran a la llamada del señor para participar en la guerra, aportando su caballo y sus armas, así como hombres equipados, todos dispuestos para entrar en combate. Se trata del mismo modelo y sistema como se organizaban los ejércitos feudales europeos, conocidos como mesnadas. Por debajo de los samuráis, pero también considerados integrantes de la clase guerrera, estaban los *sotsu* (卒) o tropas de infantería, que a su vez se dividían en 32 categorías: la inferior de todas ellas era la de los *ashigaru* (足輕), reclutas de origen campesino que solían ir armados con una pica (*yari*), y desde el siglo XVI con arcabuces.

La aristocracia europea, igualmente jerarquizada, se dividía en categorías que se han conservado hasta la actualidad a través de los títulos nobiliarios; así en los reinos peninsulares, encontramos duques, marqueses, condes, vizcondes, barones, señores e hidalgos.

Igualmente, los grados militares de los distintos ejércitos occidentales proceden de la Edad Media: mariscales, generales, almirantes, capitanes, sargentos, etc.

Como hemos apuntado, la clase guerrera de los samuráis era considerada una élite, pues suponían sólo alrededor del 5 % de la población. Al mismo nivel que muchos hidalgos castellanos, también existían samuráis pobres, de clase baja (un 30 % del conjunto). Los campesinos o *hyakushō* (百姓) eran más del 80 % de la población, como corresponde a una sociedad en la que el sector primario era la base de la economía. Mucho menos numeroso era el grupo de los artesanos o *shokunin* (職人). Los comerciantes o *shōnin* (商人) eran la clase más baja porque el confucionismo despreciaba a los que se dedicaban a hacer dinero. Excluidos de cualquier clase social se encontraban *burakumin* (部落民), cuyas profesiones rompían los esquemas del budismo. Se podía distinguir entre los *eta* (穢多): carniceros, curtidores, sepultureros, fabricantes de objetos de bambú, cestas y sandalias, etc., y los *hinin* (非人), que servían como guardias o verdugos. Otros grupos excluidos

de las clases sociales incluían los buhoneros, mendigos, prostitutas y delincuentes. Tenían que reverenciar al resto, ir descalzos, no podían casarse con miembros de otras clases sociales ni tampoco abandonar su aldea, poseían sus propios santuarios y no aparecían reconocidos en las estadísticas.

La movilidad social va a ser prácticamente inexistente e imposible tanto en Occidente como en Japón durante sus respectivos períodos feudales. La dinastía de los Tokugawa impuso un sistema social casi inamovible, que hacía de los samuráis una casta cerrada, protegida de aspirantes a entrar en ella, pero también totalmente sometida al poder. Un edicto de 1591 separaba y distinguía entre las clases sociales de los samuráis y los campesinos, impidiendo cualquier posibilidad de promoción social. Durante la misma época, en España se van a divulgar los estatutos de limpieza de sangre y el desprecio por el trabajo manual.

En ambos casos podemos comprobar que la caballería, con un origen militar bien definido, va a ser ante todo un modo de vida: una expresión ideológica de las clases aristocráticas que

van a tratar de imponer al resto de la sociedad, como testimonio de su poder y riqueza, aunque en la práctica a la mayoría de la población se les vetara participar de esos mismos valores e ideales caballerescos.

Vemos como, de manera similar, el ingreso en la caballería requiere de una preparación especial: la vida tanto del aspirante a caballero como del futuro samurái comienza con un largo y difícil aprendizaje, formación que tiene como finalidad la enseñanza de los rudimentos de la equitación, caza y manejo de las armas, además de aprender las virtudes de la caballería. Al niño samurái se le entregaba una espada de madera en una ceremonia formal, rito que se repetía en la adolescencia con una espada auténtica. En el otro extremo del mundo, a una edad que variaba entre los dieciséis y los veintitrés años, el pretendiente (hasta entonces simple escudero) podía ser investido caballero en una ceremonia de connotaciones litúrgicas.

Curiosamente, el sistema de valores de caballeros europeos y samuráis coincide casi palabra por palabra, concepto por concepto, sin compararnos el código de caballería y los principios

del *bushidō* (武士道):⁸

Estad siempre listos, con vuestra armadura puesta, excepto durante el descanso por la noche.	Coraje (yuu, 勇)
En cualquier cosa en que trabajéis, tratad de ganar honor y fama de honestidad.	Honestidad (makoto, 誠) y rectitud (gi, 義)
Defended al pobre y al débil.	Benevolencia (jin, 仁)
No hagáis nada que hiera u ofenda a alguien.	Respeto (rei, 礼)
Estad preparados para pelear en defensa de vuestra patria.	Lealtad (chuu, 忠)
Jamás faltéis a vuestra palabra.	
Defended el honor de vuestra patria con vuestra vida.	Honor (meiyo, 名誉)
Es mejor morir con honor, que vivir con vergüenza.	

Una manera oportuna de analizar estos paralelismos y coincidencias resultaría de confrontar las circunstancias y personalidades de algunos de los protagonistas más destacados de ambos periodos medievales,

en un experimento similar al que desarrollara Plutarco en sus *Vidas paralelas* (siglo I d.C.). En primer lugar, podríamos comparar dos mitos: el de San Jorge, santo patrón de la caballería europea, con Momotarō

el niño melocotón, héroe del cuento infantil más popular de Japón. Ambos derrotaron a seres monstruosos que personifican el mal, ya sea un dragón o malvados demonios (*oni*), para salvar a los más desamparados de sus amenazas. Son representantes de la valentía y el socorro al prójimo, principios asumidos, como hemos visto, por uno y otro códigos de caballería.

Si retrocedemos a los orígenes del feudalismo europeo, necesariamente debemos mencionar a Pipino *el Breve* (715-768), padre de Carlomagno (c. 742-814), que ocupando el cargo de mayordomo de palacio, depuso al último rey merovingio y se proclamó nuevo soberano de los francos (751). Algo parecido sucedió con Minamoto Yoritomo (1147-1199), miembro del clan samurái de los Minamoto, a quien en 1192 el emperador concedió el título de *shōgun*, con lo que se convertía en la suprema autoridad de todas las fuerzas militares del país, pero al mismo tiempo obligó al emperador a permanecer confinado en la corte de Kyoto.

Si existieron unos verdaderos ejemplos para la caballería,

sin duda, son los representados por Rodrigo Díaz de Vivar *el Cid Campeador* (c. 1049-1099), si nos centráramos en el ámbito ibérico de la Reconquista, y Miyamoto Musashi (c. 1584-1645). Ambos pueden ser además valorados como prototipos de caballeros que no servían a ningún señor. El Cid se vio obligado a marchar al exilio después de que el rey Alfonso VI de Castilla jurara que no había tenido nada que ver en el asesinato de su hermano (1080). Se convirtió en un proscrito y acabó conquistando su propio señorío a los moros de Valencia (1094).

Miyamoto Musashi, quien entre los 13 y los 30 años libró más de sesenta combates, resultando en todos ellos vencedor, también participó en la batalla de Sekigahara (1600) y, a pesar de combatir en el bando perdedor, sobrevivió. Se convirtió entonces en un *rōnin* (浪人) o samurái errante, una suerte de mercenario al servicio de cualquiera que requiriese sus servicios. Musashi ha pasado a la Historia como el samurái más famoso de todos los tiempos, además de ser reconocido como autor de uno de los más célebres tratados de estrategia militar: *El libro de los cinco anillos*.

Al igual que Musashi, tras la batalla de Sekigahara y al desaparecer las casas feudales a las que pertenecían, muchos samuráis se quedaron sin señor al que servir y se convirtieron en guerreros errantes o *rōnin* (lit. «hombres ola»). Estos elementos desclasados eran fuente de serios problemas de bandolerismo y delincuencia, pero se convirtieron también en héroes populares. Serán el equivalente a la caballería andante occidental, que tan buena fama cosechó gracias a la literatura. En el templo Sengaku, en Tokyo, todavía se veneran las tumbas de los «cuarenta y siete *rōnin*», que murieron por vengar a su antiguo señor (1702). Si en Europa contamos con el ciclo de leyendas artúricas o los libros de caballerías, en el caso japonés debemos mencionar un hito de la cinematografía, cuyos protagonistas también son *rōnin* o «caballeros andantes nipones». Sin duda, nos referimos a *Los siete samuráis* (1954), la obra maestra de Akira Kurosawa (1910-1998).⁴

Bertrand du Guesclin (c. 1315-1380) —el mismo que en cierta ocasión comentó: «Yo

soy muy feo para ganarme el afecto de las mujeres; pero en cambio sé hacerme temer de mis enemigos»— pasaría a la Historia por favorecer a Enrique II de Trastámara en la lucha que mantuvo con su medio hermano Pedro I *el Cruel*, cuando encontrándose el Campo de Montiel (Ciudad Real) dio muerte a éste último y pronunció la también célebre frase: «Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor». Tendría su émulo en Akechi Mitsuhide (1528-1582), un samurái que sirvió bajo las órdenes de Oda Nobunaga (1534-1582), a quién después traicionó obligándole a cometer *seppuku*.

Ricardo Corazón de León (1157-1199), otro ejemplo tradicional para la caballería europea, estuvo a punto de perder su reino por ausentarse durante varios años para participar en las Cruzadas. Toyotomi Hideyoshi (1537-1598), el sucesor de Nobunaga, también se embarcó en un ambicioso proyecto exterior: dirigir una expedición militar contra Corea que supuso un auténtico fracaso, acompañado de grandes pérdidas humanas y materiales, y le costó la vida al

propio Hideyoshi.

Aunque tanto en Oriente como en Occidente, la caballería siempre fue un coto reservado para hombres, podemos encontrarnos algunas excepciones femeninas. De sobra conocida es la historia de Juana de Arco (1412-1431), primero quemada en la hoguera y después elevada a los altares. El equivalente nipón no es ninguna *geisha*, como se pudiera esperar, sino Hōjō Masako (1156-1225), viuda de Minamoto Yoritomo (*vid. supra*), más conocida como «la monja *shōgun*», que a principios del siglo XIII condujo el país con mano de hierro. A diferencia de las doncellas y damas europeas, cuya vida transcurría en un situación casi de enclaustramiento, dedicadas a labores de costura, la oración y la música como únicos entretenimientos; las esposas de los samuráis, aunque tampoco gozaban de ningún privilegio respecto al varón, recibían su misma educación basada en la disciplina y el autocontrol, incluso se entrenaban en las artes marciales, con armas de uso característicamente femenino, como la *naginata* (cayado con la hoja curva). Se contaban historias de mujeres

que se habían suicidado antes de que el samurái marchara al combate, para que así este pudiera afrontar libremente la muerte, sin ataduras emocionales de ningún tipo (el suicidio ritual femenino era conocido como *jigai* y consistía en cortarse la garganta con un puñal corto o *kaiken*).

Japoneses y europeos también reconocieron las virtudes y valores propios de la caballería en algunos extranjeros, aunque la mayoría de las veces fueran considerados enemigos. Así, el sultán Saladino (1138-1193) destacó por su cortesía, sabiduría y generosidad. El primer caso documentado de un europeo que llegó a convertirse en samurái es el del inglés Williams Adams (1564-1620), conocido en japonés como Anjin Miura (三浦按針), que naufragó y arribó a las costas japonesas en 1600. Pronto se ganó la confianza de Tokugawa Ieyasu, quien le nombró *samurai hatamoto* (al servicio directo del *shōgun*) y le proporcionó un feudo valorado en 250 *koku*⁵ y ochenta graneros. W. Adams fue el impulsor de la construcción de los primeros barcos de tipo occidental en Japón.

Y si el símbolo y epígono de la caballería occidental va a ser un personaje de ficción como Don Quijote de la Mancha, en Japón encontramos a un héroe de carne y hueso. Saigō Takamori (1828-1877) puede ser denominado como el auténtico «último samurái». Miembro del gobierno del emperador Meiji tras la revolución que derrocó al *shōgun* (1868), estaba particularmente preocupado por la creciente corrupción política. Después de una serie de diferencias con el gobierno, renunció a su cargo y se retiró al dominio de Satsuma, donde estableció academias en las que los estudiantes recibían entrenamiento e instrucción en tácticas de guerra. En febrero de 1877 reunió un ejército y marchó hacia Tokyo para entrevistarse con el gobierno. Al ser despojado de sus cargos, Saigō argumentaba que no era un traidor, sino que sólo buscaba quitarle al emperador las malas influencias de consejeros equivocados y corruptos. Tras la batalla de Shiroyama contra el ejército imperial, Saigō rechazó la rendición y cometió *seppuku*. Sus seguidores alzaron las espadas y se dirigieron cuesta abajo hacia las posiciones imperiales, hasta que cayó el

último de ellos por los disparos de las ametralladoras.⁶ El emperador perdonó a Saigō a título póstumo en 1891.

Y ahora sí, después de contrastar los condicionantes políticos y sociales, y establecer paralelismos entre algunos protagonistas, corresponde analizar a los caballeros medievales y a los samuráis desde un punto de vista militar, ya que la razón de ser y motivación de ambos no era otra que la guerra. Antes de comparar sucintamente el armamento de ambos guerreros, detengámonos a admirar otros testimonios de aquellos períodos convulsos y violentos: sus fortalezas.

Al principio, como en muchas regiones de Europa en época carolingia, los *yamashiro* (山城) o «castillos de montaña» eran construidos con madera. A finales del siglo XVI se comenzaron a erigir sobre una potente plataforma de piedra. Sin embargo, no existen registros de que el principal objetivo fuera tomar al asalto las fortalezas y destruir sus murallas, y de hecho era

visto como «más honorable» y ventajoso tácticamente que el defensor saliera del castillo a librar la batalla. Cuando las batallas no se resolvían de esta forma, los esfuerzos se resumían en evitar que el castillo recibiera provisiones; esto podía durar años, lo que involucraba rodear el castillo con una fuerza lo suficientemente grande hasta que se obtuviera la rendición. En caso de asedio, la paciencia resultaba más efectiva que la combatividad, pues tanto en el siglo XII en Europa como en el XVI en Japón, la caída de una plaza fuerte se debía, sobre todo, al cansancio, al hambre, a las epidemias o a la traición. Un ejemplo de esto fue el sitio al que Nobunaga sometió el castillo custodiado por los *ikko ikki*, una orden de monjes guerreros que soportaron nada menos que once años de asedio (1563-1574). A diferencia de Europa, donde la difusión del uso de los cañones terminó con la era de los castillos, en Japón, la introducción de las armas de fuego, irónicamente, fue un aliciente para su mejora y desarrollo.

Algunas familias poderosas no sólo controlaban un castillo, sino una serie de castillos, donde el principal era llamado

honjō y los castillos satélite *shijō*. Cuando el shogunato Tokugawa promulgó el edicto de *sankin kōtai* o «presencia alterna» (1635), se estipuló que las mujeres e hijos de cada *daimyō* debían de permanecer en los *yashiki* (屋敷) o casas solariegas, ubicadas en los alrededores del castillo de Edo.

La imagen tópica de los caballeros medievales protegidos por una pesada armadura compuesta por piezas de metal articuladas no se corresponde con la realidad, ya que esta indumentaria no se generalizaría sino a partir del siglo XV, cuando la función militar de la caballería había decaído y quedado relegada a justas o torneos. Durante la Plena Edad Media, el elemento principal del equipo defensivo de un caballero era la loriga o cota de mallas: una especie de túnica metálica, elaborada mediante un ensamblaje de anillas de hierro o acero, que solía pesar entre diez y doce kilos. Se disponía sobre una especie de jubón de piel o de tela, repleto de hilaza o estopa, y punteado como un edredón, conocido como *gambax*. Esta prenda estaba destinada a amortiguar los golpes y los roces. Completaban el equipo

algunas piezas metálicas para proteger las espinillas (grebas), tobillos (escarpes), etc., más el escudo y el casco.

Por su parte, la armadura samurái se confeccionaba mediante pequeñas láminas lacadas, unidas entre sí por cordones de colores, según un diseño llamado *odoshi*, que fue variando a lo largo de los siglos, en función de los gustos y necesidades, sobre todo a partir del XVI con la introducción de las armas de fuego. Un equipo clásico podía pesar unos 30 kilos, pero con el tiempo las armaduras de hicieron más ligeras y manejables, incorporándose también al final del periodo corazas de acero por influencia occidental. La cabeza se cubría con los clásicos cascos o *kabuto* (兜), que solían lucir llamativos elementos ornamentales (alerones, cuernos, orejas, medias lunas, etc.); y a partir del siglo XVI se generalizará el uso de una máscara (*me-gu*) para proteger el rostro, que podía cubrir el cuello y la barbilla (*hanpō*), la nariz y la barbilla (*menpō*), la frente y las mejillas (*happuri*) o la cara entera (*somen*).

La espada va a ser considerada el arma por excelencia ya

sea por los caballeros occidentales como por los samuráis. Además posee un simbolismo intrínseco, que en el caso europeo se manifiesta en su forma de cruz: era estimada como la más noble de las armas, símbolo de la justicia y la autoridad. Sería objeto de toda una liturgia, y en el transcurso de la ceremonia de investidura, el candidato a caballero era golpeado tres veces con su espada, sobre la cabeza y los hombros. Aunque existieron y se emplearon una gran variedad de espadas, por su forma y tamaño: espada bastarda, mandoble, etc., la más corriente era la *normanda*: de un metro de largo y unos dos kilos de peso, con una hoja ancha de entre 7 y 9 cms. y doble filo, se empleaba más como arma de corte que de estoque. En cambio, algunos caballeros, sobre todo los normandos, preferían utilizar un hacha (de uno o dos filos), aunque no se tratara de un arma tan «noble».

La *katana* (刀), un sable muy ligero, ligeramente curvado y de un único filo, será el arma más estrechamente relacionada con el samurái: incluso se le llegó a considerar durante el periodo Edo como «el alma del samurái». El sable era objeto de veneración, presidía el salón

principal de la casa y recibía esmerados cuidaos. Un samurái nunca abandonaba su espada, aun en tiempos de paz. El mejor regalo que podía recibir un samurái de parte de su *daimyō* era una espada forjada por un célebre maestro. No obstante, cabe resaltar que durante la mayor parte de la historia japonesa, las principales armas fueron el arco y la lanza. No fue sino hasta el siglo XVII, cuando terminaron las guerras entre clanes, que la espada adquirió la fama que conserva actualmente. La *katana* con el *wakizashi* (脇差) formaban un conjunto conocido como *daishō* (大小), lit. «grande y pequeña».⁷ Se decía que una buena espada debía ser capaz de dos cosas: cortar siete cuerpos apilados uno encima del otro y estar lo suficientemente afilada como para que al sumergirla en el agua pudiera cortar un nenúfar que flotara en la superficie. Los samuráis no utilizaban ningún escudo para su protección, dado que la *katana* era un arma defensiva y ofensiva al mismo tiempo. Debido a su gran resistencia, podía golpear el arma del oponente para desviar el ataque y acto seguido asestar un golpe mortal. Debido a todas éstas características, no es exageración que muchos

historiadores afirmen que la *katana* es muy superior a las espadas diseñadas por otras culturas. Existían muchas variedades en función de su longitud, curvatura y flexibilidad, como el conjunto de *nodachi* (espada larga) y *kodachi* (corta), o el *bokken* (木剣), sable de madera como los que solía emplear el célebre Miyamoto Musashi.

Durante la época medieval europea, también podíamos encontrar una gran variedad de lanzas, dependiendo su función: arma arrojadiza, empleada por la caballería o la infantería, etc. En Japón, la *naginata* (薙刀) constaba de una hoja curva montada sobre un mango de madera, y su aspecto se asemejaba al de las alabardas chinas. La *naginata* era un arma sumamente versátil, ya que con ella se podía golpear, apuñalar o acuchillar al enemigo. Los *sōhei* (僧兵), otra orden de monjes guerreros, fueron reconocidos por el grado de especialización que alcanzaron esgrimiéndola. Otra arma muy recurrente fue la *yari* (槍), una especie de lanza japonesa que apareció como el arma utilizada por las tropas de infantería durante el siglo XV. Un tipo de *yari*, conocida como *mochi yari*, pasó también

a formar parte del arsenal de los samuráis.

Durante la mayor parte de su historia, los samuráis emplearon el arco japonés, llamado *yumi* (弓), y era su arma preferida, ya que sólo se solía recurrir a la espada al descender del caballo y entablar combate cuerpo a cuerpo. Los samuráis solían ser expertos en el *kyūba no michi* (弓馬の道), «camino del arco y el caballo», mucho antes del desarrollo de la disciplina del *kyūdō* (弓道), el arte marcial japonés del tiro con arco. En Europa los arqueros fueron ganando cada vez más peso como complemento de la infantería —los mejores siempre fueron los ingleses—; aunque la ballesta comienza a imponerse a partir de la segunda mitad del siglo XII, a pesar de ser tenida como un arma desleal, demasiado mortífera e indigna de un cristiano. La Iglesia llegó a prohibir su uso y en el II Concilio de Letrán (1139) se reservó para la guerra contra los infieles.

Por último, también mencionaremos una serie de armas contundentes, quizá menos nobles, y por tanto utilizadas profusamente por hombres de armas e

infantes, entre cuya variedad encontramos mazas de distinta clase, el lucero del alba, el mangual, etc. El equivalente samurái será el *kanabō* (金棒), una especie de báculo de madera de roble, con un recubrimiento metálico desde el extremo hasta su parte media, que además podía incorporar tachuelas metálicas.

BIBLIOGRAFÍA

- AYALA MARTÍNEZ, Carlos de (1998), *Las Órdenes Militares en la Edad Media*, Madrid, Arco Libros.
- BENEDICT, Ruth (2011), *El crisantemo y la espada: patronos de la cultura japonesa*, Madrid, Alianza.
- BENNETT, Matthew (2010), *La guerra en la Edad Media*, Madrid, Akal.
- BLOCH, Marc (1987), *La sociedad feudal*, Madrid, Akal.
- BRYANT, Anthony J. (1994), *Los samurais*, Madrid, Osprey – Ediciones del Prado.
- CAEIRO IZQUIERDO, Luis, y ROSADO, Montserrat (1997), *Cuentos y tradiciones japoneses*,

- IV. *El mundo del samurái*, Madrid, Hiperión.
- CAEIRO IZQUIERDO, Luis (2008): «Samuráis, los guerreros de Japón», *Historia National Geographic*, nº 51, pp. 78-88.
- CARPENTER, John (2008), *Samurái. El código del guerrero*, Madrid, Thomson Paraninfo.
- CLEARY, Thomas (2006), *El alma del samurái: una traducción contemporánea de tres clásicos del zen y el bushido*, Barcelona, Kairós.
- CLEARY, Thomas (2009), *La sabiduría del samurái: cinco textos clásicos de la cultura guerrera japonesa*, Barcelona, Kairós.
- CLEARY, Thomas (2009), *La mente del samurái: una antología del bushido*, Madrid, Edaf.
- CLEMENTS, Jonathan (2010), *Los samuráis: Historia y leyenda de una casta guerrera*, Barcelona, Crítica.
- CONTAMINE, Philippe (1984), *La guerra en la Edad Media*, Barcelona, Labor.
- DUBY, Georges (1985), *Guillermo el Mariscal*, Madrid, Alianza.
- FALERO ALONSO, J. (2006), *Aproximación a la cultura japonesa*, Salamanca, Amarú.
- FOSSIER, Robert (1994), *La sociedad medieval*, Barcelona, Crítica.
- GANSHOF, François-Louis (1982), *El Feudalismo*, Barcelona, Ariel.
- GASKIN, Carol, y HAWKINS, Vince (2005), *Breve historia de los samuráis. De ronnis a ninjas: la auténtica historia de los más implacables guerreros de la antigüedad*, Madrid, Nowtilus.
- GARCÍA FITZ, Francisco (1998), *Ejércitos y actividades guerreras en la Edad Media Europea*, Madrid, Arco Libros.
- HANE, Mikiso (2010), *Breve historia de Japón*, Madrid, Alianza.
- KEEN, Maurice H. (1986), *La caballería*, Barcelona, Ariel.
- LEBLIC GARCÍA, Ventura, y FERNÁNDEZ DELGADO, Juan José (2008), *Golfines, bandoleros y maquis en los Montes de Toledo*, Toledo, Covarrubias.
- MORRIS, Ivan (2010), *La nobleza del fracaso. Héroe trágicos de la historia de Japón*, Madrid, Alianza.

- MUSHASI, Miyamoto (2009), *El libro de los cinco anillos* (versión de Thomas Cleary), Madrid, Edaf.
- NAKAGAWA, Hisayasu (2006), *Introducción a la cultura japonesa*, Barcelona, Melusina.
- NITOBÉ, Inazo (2010), *Bushido. El código ético del samurái y el alma de Japón* (ed. de José Javier Fuente del Pilar), Madrid, Miraguano.
- NUKARIYA, Kaiten (2005), *La religión de los samuráis*, Barcelona, Paidós.
- O'NEILL, Tom (2003): «El código del samurái», *National Geographic*, vol. 13, nº 6, pp. 76-110.
- OSHIMA, Hitoshi (2004), *La vía del samurái*, Madrid, La esfera de los libros.
- PASTOREAU, Michel (2004), *La vida cotidiana de los caballeros de la Tabla Redonda*, Madrid, Temas de Hoy.
- PLANELLAS, Pau-Ramón (2002), *Enciclopedia de las armas japonesas: historia, leyendas, mitología, técnicas, morfología, fisiología, ética, artes marciales*, Barcelona, Alas.
- QUINTANILLA, M^a Concepción (1996), *Nobleza y caballería en la Edad Media*, Madrid, Arco Libros.
- RUIZ MORENO, Manuel Jesús (2010), *La milicia de los Freires de Truxillo*. Cáceres, Institución Cultural «El Brocense».
- SCHWENTKER, Wolfgang (2006), *Los samuráis*, Madrid, Alianza.
- SHIKIBU, Murasaki (2006), *La novela de Genji*, Barcelona, Destino.
- SOHO, Takuan (2005), *El espíritu indomable del samurái*, Madrid, Librería Argentina.
- TURNBULL, Stephen (2004), *Samuráis. La historia de los grandes guerreros del Japón*, Madrid, Libsa.
- VILLAHIZÁN, Javier (2010), *Samuráis*, Madrid, Libsa.
- TSUNETOMO, Yamamoto (2005), *Hagakure: El camino del samurái*, Madrid, Arkano Books.

Notas:

- 1 Aunque a los guionistas de la serie de *Discovery Channel* nunca se les ha ocurrido enfrentar, pongamos como ejemplo, a un caballero templario con un samurái de la época Tokugawa, sí que hay capítulos – todos de la primera temporada del programa – dedicados a analizar y comentar el combate entre un vikingo y

un samurái (episodio 2), un espartano y un ninja (episodio 3), un pirata y un caballero cruzado (episodio 4).

2 En las Navas de Tolosa (1212) el imperio almohade sufrió una severa derrota frente a la coalición de reinos cristianos dirigida por Alfonso VIII de Castilla, Sancho VII de Navarra y Pedro II de Aragón. En la batalla de Muret (1213) las tropas francesas y cruzadas lideradas por Simón de Montfort derrotaron al rey aragonés Pedro II y sus aliados (Raimundo VI de Tolosa, entre otros). En Bouvines (1214), Felipe II Augusto de Francia venció a la coalición formada por el rey inglés Juan *sin Tierra*, el emperador Otón IV de Brunswick y el conde de Flandes.

3 Otras fechas decisivas para establecer el declive de la caballería europea, podrían ser 1291: asedio y conquista de San Juan de Acre, el último bastión en poder de los cruzados en Tierra Santa; y 1314, cuando a instancias de Felipe IV de Francia, y por mediación del papa Clemente V, se decreta la disolución de la Orden del Temple y la persecución de sus miembros.

4 Como punto de comparación baste mencionar que en Sekigahara se enfrentaron durante tres días cerca de 175.000 samuráis, entre los que se contabilizaron 31.000 ó 47.000 bajas según diferentes estimaciones (en todo caso, entre un 17 y 27 %); mientras que en Europa Occidental,

durante la época medieval, una gran batalla como la de Bouvines (1214) apenas duró dos horas, no participaron más 46.000 contendientes y las bajas fueron significativamente menores: cerca de 2.000 (apenas un 4 %). Habrá que esperar hasta el siglo XIX para que cifras semejantes se superen en Europa: en la batalla de Waterloo (1815), que supuso la definitiva derrota de Napoleón, combatieron 212.000 soldados por ambos ejércitos, y se sufrieron 63.000 bajas (en torno al 29%).

5 BONNASSIE, P. (1999), *Vocabulario básico de la Historia Medieval*, Barcelona, Crítica, pp. 91-95.

6 La traducción aproximada del término *shōgun* sería «generalísimo», título que, aunque escaso en la Historia del Occidente, desde el siglo XIX vamos a encontrarlo arrogado por caudillos y dictadores, sobre todo iberoamericanos, tales como Manuel Godoy, valido de Carlos IV; Miguel Hidalgo, José María Morelos, Vicente Guerrero y Agustín de Iturbide, todos ellos héroes de la Independencia Mejicana; así como los dictadores Francisco Franco (España), Rafael Leónidas Trujillo (Rep. Dominicana) y Iósif Stalin (Unión Soviética).

7 La capital del *shogunato* fue cambiando de emplazamiento a la vez que se sucedían las dinastías: desde

1185 los *shōgun* del clan Minamoto gobernaron desde Kamakura, una ciudad cercana al actual Tokyo; los Ashikaga trasladaron la capital a Muromachi, un barrio de Kyoto; y, finalmente, los Tokugawa, la establecieron en Edo (hoy en día, Tokyo).

8 Existen varias versiones del código de caballería, tantas como órdenes militares; hemos elegido para este trabajo la que recoge sir Robert Baden-Powell, el fundador de los *boy scouts*, en su manual (2010), *Escultismo para muchachos*, Barcelona, CEAC, pp. 249-250, que posiblemente se inspirara en el código de la Orden de la Jarretera. Por otra parte, el *bushidō* («camino del guerrero») era el conjunto valores y normas morales que inspiraron el carácter y personalidad de los samuráis; aunque no fue sistematizado ni puesto por escrito hasta 1899 por Inazō Nitobe (1862-1933), en el contexto del renacimiento cultural y nacionalista posterior a la Revolución Meiji. Nitobe, que había estudiado en Estados Unidos e incluso se convirtió al cristianismo, fue el primero en advertir las semejanzas entre los códigos de honor europeos y japoneses. *Cfr.* NITOBÉ, Inazo (2010), *Bushido. El código ético del samurái y el alma de Japón* (ed. de José Javier Fuente del Pilar), Madrid, Miraguano. Resulta curioso que la traducción e introducción de la primera edición

del libro de Nitobe en España (1941) apareciesen firmadas por el general Millán Astray, el mutilado fundador de la Legión, que se declaraba un apasionado admirador de esta disciplina oriental, en la que se había inspirado para redactar el credo legionario.

9 Su argumento es una ingeniosa adaptación de *Los siete contra Tebas* (467 a. C.), la tragedia clásica del griego Esquilo (525-546 a. C.). A su vez, sirvió de fuente de inspiración para otras películas como el conocido western *Los siete magníficos* (1960) o *Bichos* (1998), la película de animación de Pixar.

10 El *koku* (石) es una unidad de volumen y capacidad equivalente a 278,3 litros. Un *koku* de arroz son aproximadamente 150 kgrs. y se corresponde con la cantidad necesaria para alimentar a una persona durante un año.

11 Escena que el cine recuperaría en la película protagonizada por Tom Cruise, *El último samurái* (2003).

12 El sistema de lucha con dos espadas (*katana* y *wakizashi*) guarda similitudes con la esgrima del Siglo de Oro español, Según la leyenda, en una ocasión el maestro Musashi asistió como espectador a un duelo entre marineros castellanos o portugueses, de los que tomaría cumplida nota para perfeccionar esta técnica guerrera.